

ULTIMA THULE

Por PABLO MARTINEZ DEL RIO

SEGUN hojeo el viejo album de fotografías, mi memoria se puebla de recuerdos, algunos de ellos un tanto confusos, la mayoría, sin embargo, de una claridad extraordinaria. Surge de nuevo la figura del neozelandés; como hombre honesto que soy, no me atrevería a asegurar que durante los veinticinco años transcurridos nuestra correspondencia con él no haya sufrido algún ligero retoque, pero la inmersión en el fiordo, en cambio, ha quedado tan firme como si alguien la hubiese grabado con buril en mi mente. ¿Por qué diablos se nos ocurrió ir a Islandia? No estoy muy seguro, pero la primavera inglesa siempre ha engendrado locuras, y en esta vida, después de todo, sólo las locuras valen la pena.

¿Sería Islandia la "última Thule" de los geógrafos antiguos? La verdad no lo sé: lo único que me sospecho es que jamás ha hollado sus playas un pie mexicano. La superficie de la isla, debo aclarar, excede a la de la verde Erin, y por tanto, dista mucho de ser microscópica.

Subimos a bordo del "Ceres" en Leith, que es el puerto de Edimburgo. Seiscientas toneladas, al parecer: en otras palabras, una cáscara de nuez, una bicoca, sobre todo si se considera el carácter proceloso de estos mares. Su capitán, sin embargo, acompañó a Nansen en el "Fram" durante su viaje al Artico y hay, como en todos los buques escandinavos, un tercer oficial de melancólica mirada azul y apellidado Christianssen...

Nos aproximamos a las islas Feroe, que yacen como a mitad del camino entre Escocia e Islandia y que reconocen por señor, como la última, al rey de Dinamarca. Un mar grisáceo y cruel, y además casi siempre enfurecido, se estrellaba sin descanso contra los enormes acantilados que se elevan verticales hasta perderse entre las nubes; y el cuadro es de una grandiosidad sublime. El nombre del único puerto de las islas (en algunas sencillamente no resulta posible el desembarco) es Thorshaven, o sea el puerto de Thor, el temido dios del trueno de los germanos a quien se lo consagraron los vikingos. Todo, por tanto, parece concebido en ese mismo

plano de vieja epopeya pagana. Nos quedamos sin proferir palabra largo rato, como conviene a mortales que han contemplado Valhalla.

Mis dos compañeros y yo, todos estudiantes, hemos hallado a bordo magnánimo protector en un opulento neozelandés que, a pesar de ser sordomudo, tiene afición por empresas descabelladas de esta índole: sólo nos podemos comunicar con él por escrito: "¡Terribles!" escribió, al contemplar las siniestras Feroe. "¡Terribles!" contestamos nosotros. Diré de paso que ya hemos alcanzado una latitud en que resulta supérflua la luz artificial durante estos meses. Estamos por llegar al puerto de Sydisfiord, sobre las costas orientales de Islandia.

Islandia se halla orlada de fiordos, o bahías, y algunos no carecen de cierta austera belleza. Esta austeridad es la nota dominante del paisaje, pues hay que acordarse que con alguna insignificante excepción toda la isla se halla desprovista de árboles. Es montañosa en extremo, y aunque las cumbres rara vez llegan a los 2,000 metros de altura, aun en la época de calor la línea de las nieves yace tan baja que zonas enteras no son más que un enorme páramo blanco. No obstante, aquí y allá, a veces separadas por muchas millas de camino, hay granjas destinadas al pasteo de ovejas y a la cría de unos "ponies" peludos que son muy solicitados para las minas de carbón en Inglaterra. También se cultivan unas execrables patatas color de rosa y unos no menos execrables betabeles: son estos los únicos productos agrícolas que no se malogran en la isla. La falta de madera resulta verdaderamente sensible pues ha dado lugar a que muchas de las habitaciones modernas se construyan de lámina corrugada; hará unos ocho o nueve siglos, allá cuando Islandia era almacigo de atrevidos vikingos, entre otras maneras de vengar las injurias existía la costumbre de prender fuego a la casa del enemigo al comenzar el invierno, o sea cuando no había comunicación con Noruega, de donde se obtenía la madera.

Como nuestro barco ha de rodear toda la isla, seguimos depositando cartas y mercancías en un sin fin de puertecillos minúsculos. La principal fuente de riqueza de Islandia son sus pesquerías; y hay también plantales de salazón y de extracción de aceite de pescado. En consecuencia, algunos fiordos se antojan cubiertos de Emulsión de Scott; y los padres de los niños raquíticos no podrían hacer cosa mejor que establecerse aquí, naturalmente provistos de una cuchara y del niño, lo mismo que de un garrafón, lo más grande posible, de algún perfume (si lo hay) que pueda neutralizar los efluvios.

Por increíble que parezca, estos mares materialmente pululan de vida. No podría describir la impresión que me produjo ver a la proa de nuestro barco hendirse paso, durante horas enteras, a través de la viscosa gelatinosidad de millones de medusas. ¡"Medusas!" escribió el neozelandés. "¡Medusas!" le respondimos fielmente. Y el Cabo Norte, que al principio habíamos comparado con un "iceberg" por su blancura, de súbito se tornó negro y amenazador al abandonarlo, advertidas de nuestra presencia, parvadas incontables de aves. "¡Pájaros!" escribió nuestro magnánimo proveedor de champaña. "¡Pájaros!" contestamos nosotros.

Toda Islandia es obra de Plutón, colérico dios de los volcanes. Aparte de terremotos y de erupciones hay muchos manantiales de agua hirviendo y varios géysers que cuando están de buen humor también suelen producirla en abundancia. El geysir más respetable de todos, por desgracia, ha adquirido la mala costumbre de declararse en huelga a cada rato, y eso que su visita exige no menos de cuatro días a caballo. Por extraña razón científica que no intentaré explicar, la única manera de convencerlo de que entrara en funciones, fue, como siempre, que el grupo que se trasladó a presentarle sus respetos le arrojara por el orificio todo un cargamento de jabón, por fortuna de clase muy corriente. Tal, en efecto, parece ser su manjar favorito.

A estos devaneos gastronómicos por parte del geysir, me sospecho, deben atribuirse ciertas deficiencias de carácter hidroterapéutico que he advertido durante el viaje, pues el geysir debe consumir todo el jabón de la isla. Pero, como faltos de medios para realizarlo, el único de entre nosotros que se ha bañado hasta ahora ha sido uno que por inadvertencia (ayudada por el champaña del neozelandés) cayó al fiordo cerca de una refinería de pescado, a la una de la madrugada, no insistiré más sobre este tema. "¡Al geysir

escribió el neozelandés. "¡Inútil!" escribimos nosotros: "¡Al geysir le gusta el jabón, no el aceite de hígado de bacalao!"

La capital se llama Reykiavik y se ofrece a la vista limpia y ordenada. Establecida ahí o en los pequeñísimos poblados a orillas de los fiordos, lo mismo que en las diversas granjas en el interior, hay una población pacífica, culta y profundamente aburguesada que casi llega a cien mil almas y logra el milagro de ser izquierdista y tradicionalista al mismo tiempo. Sus antepasados (algunos de ellos nobles noruegos que no quisieron aceptar el yugo del rey unificador y todavía adoraban a Odín, a Thor, y a las demás deidades paganas) comenzaron a colonizar la isla durante el último tercio del siglo noveno, e Islandia pronto se vió convertido en cuartel general de rubios vikingos que, en sus grandes barcos abiertos y provistos de una proa en forma de cabeza de dragón, saqueaban los pueblos costeros de la Europa cristiana durante el verano y volvían a la isla con rico botín de objetos preciosos, mujeres y esclavos, a fin de pasar el invierno y solazarse con los relatos heroicos de sus bardos, las afamadas "sagas". Proporcionalmente al número de personas que en él intervinieron, jamás ha presenciado el mundo florecimiento literario como el ocurrido en Islandia durante los siglos siguientes, y las complicaciones domésticas y extradomésticas de sus abuelos siguen siendo aún la lectura predilecta de los habitantes.

A cincuenta kilómetros de Reykiavik, en el centro de un enorme campo de lava surcado por grietas profundas, reuníase anualmente el "thing", o parlamento islandés, que es el más antiguo de Europa. Y fue de los fiordos islandeses que allá por el año 1,000 partieron las diversas expediciones colonizadoras para las costas de América, esas expediciones que tantos todavía consideran producto de la fantasía de los historiadores a pesar de la abundante documentación literaria que existe sobre el particular y la indiscutible confirmación arqueológica que se encuentra en Groenlandia.

Sólo un desencanto debo consignar: ¿Quién, después de todo, no ha leído el "Viaje al Centro de la Tierra"? Aunque existe el volcán apagado a que se refiere Julio Verne, no queda ahí vestigio alguno, que se sepa, de ese gran alquimista, hombre de ciencia y explorador que se llamó Arne Saknussemm. Para bajar al interior de la esfera, por lo tanto, no recomiendo el Snefells, sino el Popocatépetl...